

Sobre el vínculo entre función narrativa de la historia y tiempo en Paul Ricoeur

On the link between the narrative function of history and time in Paul Ricoeur

Carlos Fernando Acevedo Logreira
EAFIT

*Hay momentos de la vida en que el tiempo y el espacio
son más profundos que mi propia historia y el
sentimiento de la existencia infinitamente mayor.*

Charles Baudelaire

Resumen: El objetivo del presente artículo es el análisis de la relación que se presenta entre la función narrativa de la historia y el tiempo. Pero no se hará desde cualquier punto de vista, sino desde el pensador francés Paul Ricoeur (2004). Para lograr tal objetivo se expondrá; en primera instancia, la reciprocidad que existe entre el carácter narrativo del lenguaje y la temporalidad. En segunda instancia, se analizará el aparato epistemológico propuesto por Ricoeur para pensar la historiografía, finalizando en una exposición del carácter narrativo-temporal de la historia personal.

Palabras clave: Ricoeur, tiempo, historia, narración, lenguaje, sí mismo.

Abstract: The objective of this article is the analysis of the relationship that occurs between the narrative function of history and time. But it will not be done from any point of view, but from the French thinker Paul Ricoeur (2004). To achieve this objective, it will be exposed; in the first instance, the reciprocity that exists between the narrative character of language and temporality. Secondly, the epistemological apparatus proposed by Ricoeur to think about historiography will be analyzed, ending with an exposition of the narrative-temporal nature of personal history.

Keywords: Ricoeur, time, history, narration, language, itself.

Los conceptos de memoria, tiempo y la noción de experiencia vivida resultan decisivos para delimitar la historia, así como facilitan el diálogo entre los campos de la historiografía en el tiempo presente. La historia es función de ese horizonte de posibilidades ofrecido al hombre, y el tiempo se constituye en el elemento más importante que el historiador debe manejar en su práctica disciplinar. El objetivo del presente artículo es el análisis de la relación que se presenta entre la función narrativa de la historia y el tiempo. Pero no se hará desde cualquier punto de vista, sino desde el pensador francés Paul Ricoeur (2004). Para lograr tal objetivo se expondrá; en primera instancia, la reciprocidad que existe entre el carácter narrativo del lenguaje y la temporalidad. En segunda instancia, se analizará el aparato epistemológico propuesto por Ricoeur para pensar la historiografía, finalizando en una exposición del carácter narrativo-temporal de la historia personal.

1. Reciprocidad entre el carácter narrativo del lenguaje y la temporalidad. Contar y hacer la historia.

Para Ricoeur, la temporalidad es una estructura inevitable de la existencia humana, debido a que somos seres en el tiempo (Ricoeur, 1999, p.183), pero Ricoeur cree que como forma de vida que somos, podemos acceder a la temporalidad mediante el contar y hacer la historia. Pero ¿por qué el contar y hacer la historia? Porque, en la medida en que la existencia humana es temporal, solo se puede articular a través de un género de discurso narrativo que es también temporal, y no mediante un conjunto de proposiciones conceptualizadas. Esto significa que existe una reciprocidad entre la narratividad de la historia y la temporalidad, ya que el sujeto se construye en esta temporalidad y en esta narratividad histórica, es decir, que la historia es significativa en la medida que describe rasgos de la experiencia temporal.

Ricoeur escoge la función narrativa de la historia como un lugar privilegiado para establecer una experiencia temporal inherente a la ontología del hombre, a saber, que somos seres humanos gracias al lenguaje, y el lenguaje narra nuestro acaecer en el tiempo. En este sentido, somos historicidad, y lo somos en la medida que somos seres sociales y temporales, los acontecimientos históricos hacen progresar una historia susceptible de ser contada. El tiempo como realidad abstracta o cosmológica adquiere significación humana solo en la medida que puede ser articulado en una historia. La narratividad, por lo tanto, determina, articula y clarifica la experiencia temporal (Ricoeur, 2000, p.191).

Sin embargo, hay que dejar algo en claro y es que la historicidad que encarnamos –por medio de la relación existente entre la memoria, el lenguaje y el tiempo– para ser contada, debe que tener lo que Ricoeur denomina “representación”, la cual es fundamental para entender mejor la fase epistemológica:

Constantemente se pone en tela de juicio la función de “representación” de la historia, definida como “la capacidad del discurso histórico para representar el pasado” (...) se sospecha de ella, debido a la distancia necesaria introducida entre el pasado representado y las formas discursivas necesarias para su representación. A partir de entonces, ¿cómo “hacer prevalecer la atestación sobre la sospecha de no-pertenencia”? (...). ¿Cómo “acreditar la representación histórica del pasado”? (Ricoeur, 2000, p. 78).

Para responder a las preguntas planteadas por Ricoeur en la cita anterior, se apela a tres estados que propone el autor para la historiografía. De la consideración del testimonio, Ricoeur pasa a la de la prueba documental. Hay una distinción entre acontecimiento y hecho. Entiéndase por “hecho” el acontecimiento ya interpretado, además el hecho no es el acontecimiento, sino el contenido de un enunciado. Como no hay hechos sin preguntas, éstas, aquéllos y los documentos son interdependientes y, en su totalidad, suman el armazón que sostiene al conocimiento histórico. La pregunta que sale al encuentro sería: ¿Cómo figura el acontecimiento en el discurso histórico? O ¿en qué deviene “la cosa dicha”, el qué del discurso histórico? Estas tres fases son: la documental, la relativa a la “memoria archivada” y la de la explicación/comprensión.

Respecto de la primera, Ricoeur (2004) indica que, así como no hay observación sin hipótesis, no hay hecho sin preguntas. Es decir, que entre hechos, documentos y preguntas se presenta una relación de interdependencia. A juicio de Ricoeur (2004), un hecho no es un acontecimiento, sino “el contenido de un enunciado que intenta representarlo” (p. 233-234). El hecho es “la cosa dicha”, el qué del discurso histórico; el acontecimiento es “la cosa de la que se habla”, el “sujeto del que” es el discurso histórico. Es entonces cuando el acontecimiento figura en el discurso histórico. Y este último, a su vez, es la “contraparte efectiva” del testimonio, en tanto que primera categoría de la memoria archivada. Un hecho es, entonces, una construcción realizada mediante un procedimiento que la vincula con un conjunto de documentos que constituyen su fundamento: “Esta reciprocidad entre la construcción y la fundamentación del hecho, sobre la base del documento, expresa el estatuto epistemológico

específico del hecho histórico” (Ricoeur, 2004, p. 235).

Mediante la fase de archivo, se da la transformación de estatuto de testimonio hablado al de registro, que constituye la primera mutación histórica de la memoria viva: el testimonio oral tiene un destinatario designado, no así el documento archivado. (Ricoeur, 2004, p.190). El archivo remite a la entrada de la escritura en la operación historiográfica: el historiador es un lector de archivos, pero los archivos, antes de poder ser leídos, han de ser constituidos, esto es, ha de tener lugar la puesta en archivo.

Ricoeur inicia su exposición de la fase de explicación/compreensión, señalando que es en ella donde la autonomía de la historia frente a la memoria es afirmada con mayor intensidad. Explicar es responder a la pregunta “¿por qué?”, mediante una amplia diversidad de empleos del conector “porque”. La explicación vincula de esta manera unos hechos documentados con otros; es decir, que la totalidad de los hechos son susceptibles de ser sometidos a pruebas de verificación, de la misma forma que sucede en otros saberes. Por lo tanto, en historia el documento constituye una prueba en relación con la explicación, algo así como una conjetura y una refutación, quedando así el quehacer de la historia como dar cuenta de la realidad humana en tanto que hecho social.

2. La historia y la experiencia temporal

En el acto de dar cuenta de una experiencia temporal viva; esto es, en lo que se llama “testimonio”, la narración adquiere significación. En este sentido, el tiempo de todo relato es público (Ricoeur, 1999, p. 187), en la medida que es el tiempo de un modo de vida de una colectividad de personas que se encuentran en interacción con el mundo. Solo así es posible decir que, para Ricoeur, la narración del ser es universalizada en el texto documentado, escrito y archivado, ya que contiene un flujo de vivencias, de rememoración y de imaginación sobre la manera de pensar el sí mismo y la otredad del hombre en su vida cotidiana. Aquí se da la vinculación entre el mundo y nuestras posibilidades de acción: “la historia, efectivamente, representa a un hombre que actúa y que se orienta en una circunstancia que no ha realizado y que dan lugar a consecuencias que no ha querido, por tanto, el hombre se encuentra abandonado, y al tiempo, es responsable de su tiempo” (Ricoeur, 1999, p. 205).

Por tal razón, el archivista tiene entonces –desde el punto de vista epistemológico– que asentar de manera escrita los testimonios orales. Es esta fase (la del archivo) la que debe referir

a un lugar que no es solamente un punto espacial, físicamente situado, sino un lugar social donde se desarrolla nuestra vida. Es así que estamos llamados a contar y contarnos a nosotros mismos, a través de la construcción de la historia de nuestra propia vida, pero también a sustraer la riqueza que traen las narraciones históricas de otros para nuestra tarea del yo, y con esto, la posibilidad de ser-en-el-mundo (Heidegger, 2000). Hacer la historia y contar la historia es necesario y valioso para la vida humana, pues solo a través de la narrativa nos identificamos y reconocemos como seres temporales que pueden configurar su ser-en-el-mundo y su devenir histórico. En este sentido, el hacer y contar la historia, para Ricoeur (2004), “tiene una dimensión episódica de instantes que se explican, y una dimensión configurativa de secuencias que logran formar la estructura de las totalidades significativas a partir de acontecimientos dispersos, de modo que toda la trama pueda abarcarse con un solo pensamiento” (p. 195). Por lo tanto, para Ricoeur, el ser (existencia temporal) del ser humano se expresa en el lenguaje-tiempo.

De la misma forma, la única manera de acceder al tiempo es a través del lenguaje y, a la vez, el lenguaje guarda el tiempo en la memoria. Esta unión entre lenguaje, tiempo y memoria es condición de posibilidad para el reconocimiento del sí mismo en el tiempo que va del “ahora” al “antes”, y configura la apertura del “después”, dotando de significatividad tanto la existencia temporal del ser humano como la cotidianidad que le rodea (Ricoeur, 2004, p.199).

Por ello, Ricoeur no se limitó a un carácter “subjetivista” de la historicidad, a partir de la categoría de tiempo. Estas categorías le permitieron romper con la idea lineal del tiempo en la narración histórica y ensanchar la idea de trama aristotélica, siendo así, tendríamos todos los acontecimientos que pertenecen al devenir: este conjunto de acontecimientos pertenece a la apertura, a la posibilidad de que exista un “después” o “un mañana”.

La tesis fundamental de Ricoeur (2004) corresponde, entonces, a la idea de que la composición de hacer la historia y contar la historia, tomada en toda su extensión, constituye una respuesta al carácter constituido del tiempo. Es así que elementos como la “herencia”, la “repetición” de un destino o la “tradición” de un pueblo no fueron, por tanto, abarcados de manera adecuada. El conector del tiempo intergeneracional resulta ser, entonces, el relato de la memoria de la historicidad cotidiana, que es transmitida por una generación y retenida por la memoria de la generación que le sucede. A esto es a lo que Ricoeur (2004) denomina tiempo narrado y espacio habitado (pp. 194-195). De tal manera que esta teoría sobre la experiencia

del tiempo vivido alcanza su sentido en la medida en que se hace inteligible, y lo hace solo a través de la historia de sí misma; sin embargo, para Ricoeur, el sentido construido en las narraciones no es único, sino múltiple y que, de ese modo múltiple, las narraciones van dando forma a las identidades individuales y colectivas en un proceso en el que profundiza su significado.

3. Carácter narrativo-temporal de la historia personal

Según Ricoeur, la narrativa de nuestra historia personal consistiría en leer el final, en el comienzo de nuestra historia, recuperando nuestras posibilidades más propias tal como las heredamos del pasado: “El desarrollo de la historia nos impele a seguir hacia delante y respondemos a dichos impulsos creándonos expectativas sobre el comienzo y el final de todo el proceso. En este sentido, ‘el final’ es el polo de atracción de todo el proceso” (Ricoeur, 1999. p, 192).

Esto nos permite inferir que una historia de vida es contar e interpretar los sucesos que una persona vivió a lo largo de su existencia. Por supuesto, dicha historia nunca será exhaustiva, ya que resulta imposible reseñar cada acontecimiento que ocurrió en la vida de un sujeto desde el nacimiento hasta el presente o su muerte, la memoria olvida. Sin embargo, lo que no se desvincula es del tiempo vivido, una vida narrada, la cual da cuenta de mi tiempo vivido. De este modo, la trama no sitúa la acción humana solamente “en” el tiempo, sino en la memoria. Es así como, para Ricoeur, y es en esta idea donde se separa de Heidegger, narración y lenguaje forman así una sola entidad articuladora del tiempo. Si el tiempo es una sucesión ordenada de acontecimientos alojados en la memoria, la noción de tiempo no existiría si no hubiera alguien capaz de percibir dicha secuencia ordenada de hechos capaces de articular una historia. Por ello, dice Paul Ricoeur que: “el tiempo se hace tiempo humano en cuanto se articula de modo narrativo” (Ricoeur, 2004. p, 39), y que, de manera simultánea, “el mundo desplegado por toda obra narrativa es siempre un mundo temporal”. De este modo, la trama no sitúa la acción humana sólo “en” el tiempo, sino en la memoria.

En la narración se daría un “retorno al origen” de la existencia personal, pues la historia personal es ante todo de aquello que ya no está más para mí y que son recordados por el relato. La narrativa de mi historia personal acaba siendo, en conclusión, la unión primordial del tiempo y el relato. Esta unión da cuenta de mi existencia. Sin embargo, esa

existencia histórica no es que esté dada de antemano, sino que más bien se interpreta y se asume. No se trata de una información codificada y anexada en una especie de formato programático de aplicación de mi vida: ya ha ser lo que debe ser. La existencia en su transcurrir temporal tiene múltiples posibilidades. Narrarla consiste en lograr una comprensión que permita jugarse la vida en un estado de apertura a las cosas, a los demás y a sí mismo. Comprensión que supera distantemente un ámbito interior, para construir un modo de ser con sentido. La condición de la existencia humana es una historia susceptible de interpretación que se nos ofrece para que en libertad absoluta configuremos nuestra existencia.

La tarea de esta hermenéutica de la historia es mostrar que la existencia sólo accede a la palabra, al sentido y a la reflexión, procediendo a una exégesis continua de todas las significaciones que tienen lugar en el mundo de la cultura; la existencia no deviene un sí mismo –humano y adulto– más que apropiándose de ese sentido que primeramente reside “afuera”, en obras, instituciones, monumentos de cultura, donde la vida del espíritu se ha objetivado (Ricoeur, 2003, p. 26).

De lo que se trata es de una hermenéutica que dé cuenta de nuestro tiempo, caracterizado por el relato de nuestra historia. Este relato se “desoculta” en el lenguaje, en el que emerge la existencia temporal del hombre. Esta existencia del hombre, esencialmente marcado por el lenguaje, se conquista por medio de una narratividad constitutiva del hombre. Es así como de no mediar la narración, la vida humana permanecería incomprensible.

4. A modo de conclusión

La propuesta que se quiere reconocer es la siguiente: hay una reciprocidad entre la narratividad y la temporalidad que asume como unidad base de la acción humana y como ser en el tiempo. La hermenéutica de Ricoeur alberga una teoría del acontecimiento narradora que dan cuenta de la temporalidad, donde se reconocen cuatro elementos necesarios para que lo narrado dé cuenta del tiempo:

- a. Temporalidad: Lo narrativo se realiza cada vez de manera temporal y actual alojados en la memoria.
 - b. Subjetividad: Lo narrativo refleja la subjetividad humana. Es referencial “en” y “de sí mismo”.
2. Mundo: Lo narrativo tiene un carácter intencional donde está referido a algo, a un

mundo social, que pretende describir, expresar, representar. Es en el discurso donde se realiza la función simbólica del lenguaje.

3. El quehacer de la historia: lo narrativo y la historia son intercambiados. La narración lingüística tiene un “otro”, un prójimo, un interlocutor futuro a quien va destinada una historia documentada y archivada.

Referencias

Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración I*. México: Siglo XXI.

Ricoeur, P. (1999). *Historia y narrativa*. Barcelona: Critica.

Ricoeur, P. (2003). *El conflicto de las interpretaciones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Heidegger, M. (2000). *Ser y tiempo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Ricoeur, P. (2000). *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México: Siglo XXI.

Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia y el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica.